

te, invita a esta larga reflexión, bien fundamentada en el entero *corpus* sanjuanista, e incluso parece pedir una conclusión al poema, que el autor esboza en el último capítulo.

Conforme a las características de la obra —síntesis apretada de una larga dedicación a estudiar y saborear los escritos de san Juan de la Cruz—, el estilo es conciso, sugerente, tal vez oscuro para los no iniciados. No se hallarán aquí ideas claras y distintas, ni quizá sería razonable esperarlas, dado el tema y el autor estudiado. Desde luego hubiera resultado más didáctico o fácil de seguir, intentando formalizar un poco más las abundantes intuiciones apuntadas, siendo más sistemático, citando más *in extenso* los numerosos pasajes de san Juan de la Cruz que inspiran las distintas afirmaciones, proponiendo tesis más claras... En cualquier caso el libro, difícil de aprovechar para el lector apresurado, tras su lectura íntegra se revela muy formativo y enriquecedor de la ya abundante bibliografía sanjuanista.

J. L. Hervás

Sergio GONZÁLEZ, *Títulos cristológicos: «Pimpollo, Pastor, Padre del siglo futuro, Esposo, Hijo de Dios, Jesús»*, Estudio Agustiniiano, Valladolid 1995, 478 pp., 15 x 21

El prof. Sergio González estudia en este libro algunos de los nombres de Cristo más significativos dentro de la riquísima doctrina contenida en la obra de fray Luis de León del mismo título. Esta investigación, que conocíamos ya parcialmente por el anticipo presentado al congreso madrileño en el IV Centenario de la muerte de fray Luis, es un buen fruto de los años que el autor lleva estudiando los autores místicos españoles y la tradición espiritual agustiniana.

Fray Luis de León es un eslabón interesantísimo en la historia de la mística. Dejando aparte los dos grandes reformadores del Carmelo, no se hallarán españoles que puedan hacerle sombra. Y, sin embargo, resulta todavía poco conocido en este ámbito de la Teología Espiritual. Por eso son siempre muy de agradecer los trabajos que abordan sus escritos desde tal perspectiva, como es el caso que presentamos.

La belleza literaria nada común de la producción luisiana, se alía con una notable erudición y una sugerente profundidad en sus síntesis doctrinales, finísimo destilado de la tradición patristica. Sin embargo, su apariencia, más erudita que experimental, ha confundido a algunos, que juzgaron postizo su misticismo. González pretende terciar en esa clásica cuestión de *mystica* luisiana. Y lo hace desde el estudio pormenorizado de los seis *Nombres de Cristo* mencionados en el título, sin duda los más interesantes.

La sistemática es sencilla: describir, casi párrafo a párrafo, el discurso luisiano, deteniéndose brevemente en algunas cuestiones. Además de este resumen (que amplía los útiles esquemas de los *Nombres*, tiempo ha preparados por el P. Valentín Sánchez), resultan valiosos algunos análisis literarios, y sobre todo las referencias al contexto doctrinal de algunos pasajes, en las que se advierte la notable preparación del autor en el conocimiento de los Padres, especialmente san Agustín. Tal método meramente descriptivo resulta claro y ordenado. Podría objetarse que no facilita la síntesis de los diferentes argumentos, cuya impresionante coherencia interna en la mente del Maestro salmantino, queda un tanto desdibujada y dispersa en la obra escrita, por las exigencias de su poética presentación literaria. Por ello, esquematizar el texto escrito requeriría quizá un mayor esfuerzo de síntesis. Pero, por otro lado, resultaría muy arriesgado emprender esa

tarea sin un suficiente conocimiento de las demás obras de Luis de León. Es por tanto bien comprensible que no lo haya pretendido González, quien no cita los siete volúmenes de obras latinas ni el resto de obras castellanas de fray Luis: se conforma con una buena descripción, y eso lo ha conseguido plenamente.

Como es natural, algunas interpretaciones del autor no convencerán a todos. Por ejemplo, su identificación del «nacer nosotros en Cristo» (la justificación) con las «luces de la oración» (p. 316), fenómenos estos últimos que en realidad fray Luis —y todos los grandes místicos— consideran fugaces, secundarios y no deseables. Se afirma también sin paliativos que, según Luis de León, la Encarnación era necesaria (pp. 74 y 435); tesis que habría que matizar mucho para que resultara aceptable, y que no se desprende ni mucho menos de la sentencia escotista sobre el motivo de la Encarnación: pienso que fray Luis nunca fue tan lejos en su genial visión de la primacía y centralidad teológica de la figura de Cristo. Resulta algo confuso el uso de la palabra «mística», a veces en su acepción espiritual, y a veces en su sentido hermenéutico (por eso califica abundantemente de místicos a párrafos que denotan una lectura espiritual —o metafórica— de la Escritura, pero que, experiencialmente hablando, no pasan de líricos, piadosos o afectivos). También, el advertir un «matiz ascético» (p. 231) en párrafos que describen la purificación pasiva.

Quienes ya conozcan los libros *De los nombres de Cristo* comprobarán una vez más que una prosa tan poética como la de fray Luis es difícil de resumir sin perder mucho de su capacidad de sugereencia, y sufre mal la tarea de disección aquí realizada. Los que se hayan deleitado directamente con el original se sorprenderán tal vez por las abundantes actualizaciones que el autor se permite con el lenguaje de fray Luis. Traducir es

siempre arriesgado, y aquí muchas veces innecesario. Sin embargo, siempre es mejor conocer a fray Luis «naturalizado», domesticado y traducido, que no conocerlo en absoluto. Por eso, aunque se limitara a una guía de lectura —que no es el caso— debe ser bienvenida esta nueva incursión en sus obras.

Por otro lado, resultan acertadas las conclusiones acerca del misticismo de fray Luis, doctrinal sobre todo, pero al que no puede negarse una cierta base experimental; y que es sin duda muy interesante y actual en sus intuiciones. En suma, estamos ante una obra que merece la mayor difusión entre los interesados en Espiritualidad, por cuanto puede contribuir a que muchos más se acerquen directamente a la inimitable prosa luisiana, y a la riqueza cristiana de sus contenidos.

J. L. Hervás

Francisco FERNÁNDEZ-CARBAJAL-Pedro BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid 1995, 240 pp., 13,5 x 21,5

Poco a poco se va enriqueciendo el acervo de estudios sobre la espiritualidad del Fundador del Opus Dei. El presente es obra de dos pastoralistas, bien experimentados en redactar libros de espiritualidad, que han conseguido con este trabajo un texto útil para fundar la piedad cristiana de todos los públicos. Francisco Fernández Carvajal tiene renombre sobre todo por sus meditaciones *Hablar con Dios*, que han disfrutado no sólo los lectores en castellano, sino otros muchos, gracias a las numerosas traducciones alcanzadas. Pedro Beteta ha elaborado varias antologías temáticas con los escritos de Juan Pablo II. Ambos poseen tanto la erudición necesaria, en lo que concierne